

coexisten o si la una ha sido el producto de la otra.

La raza judía, mezclada con todo ese deshecho europeo que allí se aglomeró y se redimió, ha permitido que los Estados Unidos se constituyan como la nación que da los métodos para la labor individual en gran escala. Sus figuras financieras son tremendamente grandes y ellas principian una época nueva que poblará de triunfos desconcertantes el futuro de este Continente. Los tiempos heroicos y los tiempos románticos produjeron sus valores que constituyen, como el cristianismo, el cimiento macizo y santo de esta civilización nuestra que se levanta; mas sobre esos cimientos el industrialismo moderno está construyendo su maravilla, y los actores solemnísimos en esa construcción ya no son en primer rango, ni el artista ni el guerrero, sino los capitanes de la industria, estos nuevos reyes feudales que juegan con el elemento humano como un hábil alfarero con su arcilla. Capitanes de la industria, de la manufactura y del transporte, todos ellos como figuras escapadas del universo ibseniano; todos ellos grandes, atormentados y atormentadores, desde aquel Harriman que creó un imperio de ferrocarriles, hasta este Hearst, millonario malhechor, que está armando la maquinaria más siniestra de los tiempos modernos y ante la cual palidece, por el intento, la que armara Bismark.

Así se está moviendo este pueblo estadounidense. Rara coincidencia de la historia: este pueblo judío que ahora me arranca salmos del corazón, ha plantado aquí en New York su tienda de campaña, y desde New York rige el mundo con el poder del dinero. Esas pequeñas hormigas fueron, un día, amaneciendo la historia, ahuyentadas de su nido, y se fueron por el mundo, y a pesar del odio del mundo tienen el poder supremo en el mundo. Estas hormigas han proclamado un nuevo dios: un disco como el sol, que esplende, ante el cual

N. Viera Altamirano

New York, 1921.

## Persiflage

### Contra el angosto criterio de los justos

— Colaboración directa —

Para Gabriela Mistral — que tantas veces me dijo que no fuera ni hiriente, ni amargo y que la dulzura es la esencia de la virtud — para que vea que voy aprendiendo.

A mí no me asombraría un cambio rápido de nuestras democracias al comunismo. No creo que para ello sea necesario, en un país de seiscientos mil habitantes, como Costa Rica, convencer pero ni a cien mil. Con veinte mil comunistas convencidos— con menos, con diez mil—que hubiera en el país, aquí estableceríamos soviets y fusilaríamos a los agiotistas. Y afirmaríamos que el país entero es comunista.

¿Acaso no afirmamos que somos una de-

mocracia? ¡Vamos! Juro que verdaderos demócratas no hay ni mil en Costa Rica. Y al afirmar que la república entera es comunista, lo que haríamos, en el caso que pongo, es afirmar que los comunistas mandan. La percepción de que la vasta mayoría de los hombres son otros tantos ceros, llena de melancolía al espíritu joven. Yo recuerdo cuando esa percepción me hizo llorar. Yo me crié en la creencia de que el hombre era un ser esencia de sacrosanta dignidad,

## INDICE

### Como regalo de Navidad:

Juan Manuel: <i>El Conde Lucanor</i> . Un vol. pasta. . . . .	2.50
H. Heine: <i>Páginas escogidas</i> . Un v. pasta. . . . .	3.00
<i>Obras completas de Sta. Teresa</i> . Un vol. pasta. . . . .	25.00
<i>Romancero español</i> . Selección de romances antiguos y modernos. Un vol. pasta. . . . .	15.00
Dante: <i>Divina Comedia y Vida Nueva</i> . Un vol. pasta. . . . .	15.00
<i>Obras completas de Shakespeare</i> . Un vol. pasta. . . . .	30.00
Cervantes: <i>Obras completas</i> . Un vol. pasta. . . . .	30.00
R. Tagore: <i>El Jardinero</i> . Un vol. pasta. . . . .	4.00
<i>Ifigenia</i> . Diario de una señorita, por Teresa de la Parra. . . . .	6.00
<i>Desolación</i> , por Gabriela Mistral. . . . .	5.00
G. Martínez Sierra: <i>Tú eres la paz</i> . . . . .	3.50
Erasmus: <i>Elogio de la locura</i> . Un vol. pasta. . . . .	2.50
Papini: <i>Historia de Cristo</i> . . . . .	5.00
<i>Eva Reina</i> . El libro de la mujer por Yolanda. Un vol. pasta. . . . .	5.25
Juan Zorrilla de San Martín: <i>Tabaré</i> . Un vol. pasta. . . . .	5.00
<i>Los cuatro Evangelios</i> . Un vol. pasta. . . . .	15.00
Gerard d'Houville: <i>El seductor</i> . . . . .	10.00

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

expresan el recocijo inefable que pudiera expresar el ingenuo Parsifal ante la armadura santa del Caballero Gral: el Dólar. El nuevo dios tiene sus templos en los rescacios de Broadway y Wall Street. En ellos están los mismos judíos de hace muchos siglos, con la misma esperanza mesiánica, con sus mismos arrestos, perseverantes, inflexibles y firmes.

Ellos realizan las visiones de sus profetas y maestros. Ellos realizan y cumplen la admonición sacrosanta de "sed valientes y la tierra será vuestra". Porque han tenido el valor de ser fieles a sus creencias y permanecer leales a ellos mismos frente a la maledicencia de un mundo que no conocía sus necesidades; porque han tenido, en fin, el valor de ser extranjeros al través de todos los siglos, y, por lo mismo, el valor temerario de ser judíos.

y en la falacia de que cada individuo era, "el hombre". Hoy sé que el hombre es un ideal. Que lo que Dios creó es una idea. La verdadera caída de Adán fue la falacia que dejó confesada. Mi amigo hindú, Chandras Porgas, a quien conocí cuando vino de Panamá a Costa Rica hace algunos años en curiosa visita que será para contar otro día, me dijo que hasta tener diecisiete años ignoraba que hubiese millones sobre millones de seres humanos para quienes las vacas y los toros eran alimento. Yo entendí lo que debió de haber sentido ese fino poeta menor que me enseñó el poquito sánscrito que sé.

Volviendo a lo que decíamos, los más nunca han tenido más que valor nominal. Los pocos son los poseedores de carácter, de entereza, de individualidad y personalidad. Y estos pocos, naturalmente, se vuelven tremendos censores, y a veces se ponen agrios y se hacen estrechos. Las gentes de integridad que conozco son bien pocas. Y son, a la vez, las personas más acres con quienes tengo que tratar. Esto también es triste. Me falta decir que yo soy de ese número.—; La sal de la tierra, Señor mío Jesucristo, es amarga!

¿Cómo haríamos para endulzarnos? Porque precisa ser dulces, oh patriotas, oh nacionalistas, oh comunistas, para ser perfectos. Cuando las multitudes nominalmente paganas se volvieron nominalmente cristianas, los pocos cristianos verdaderos se amargaron sobremanera, convertidos en moralistas, y de manera inconsciente desfiguraron la doctrina de Jesús. Al cristianismo no lo hicieron feo sólo los anormales como Borgia o como—; quien más?—sino también los demasiado severos como Torquemada. En nuestras filas nacionalistas, patriotas, comunistas, habemos muchos torquemaditas. ¡Uy, y qué pocos somos! Casi se alegra uno de que no tengamos poder. ¡Las horrendas crueldades que cometeríamos! ¡Las cosas pequeñitas por las que fusilaríamos, encarcelaríamos, ahorcaríamos!

Los moralistas cristianos—al igual que los de nuestra nueva religión ahora—con demasiada frecuencia han sido dados, desde los primeros siglos de nuestra época, a singularizar pequeños vicios, menudos lujos, *pecadillos*, y magnificarles la importancia para echar sobre ellos los torrentes de su indignación en una forma cuya extravagancia las edades anteriores han hallado difícil de entender. Y antes que los cristianos, los paganos verdaderos hicieron lo mismo. Juvenal agota su vocabulario de invectivas para denunciar el crimen atroz de cierto noble que, en el año mismo de su consulado, no titubeaba (a vista de la luna y las estrellas, en la noche, aunque no de día, cierto es) en manejar con sus propias manos su carroza en la vía pública:—

*Praeter majorum cineres atque ossa, volucris Carpentis rapitur pinguis Damasiippus et ipse, Ipse rotam stringit multo sufflamine consul;*